

NO NOS CUENTAN LA VERDAD



Estos últimos meses, venimos soportando una inusitada presión mediática en relación con las pateras o pequeños botes rudimentarios que llegan a las islas Canarias. Se nos dice que no hay forma de pararlo, que la culpa la tienen los países ribereños de África por no poseer cuerpos de seguridad marítimos para detener tamaña invasión encubierta. Pero lo cierto es que España tampoco tiene medios policiales en la mar para luchar contra esta tragedia; a lo sumo, poseemos pequeños barquitos de plástico, fabricados en astilleros para el recreo, que se interponen y molestan los unos a los otros, gobernados por cuerpos de seguridad diferentes con escasa formación marítima, ya que cada uno persigue sus propios intereses y es difícil que se pasen datos, por aquello tan español de trabajar siempre en solitario y en contra del bien general.

Nuestras costas han estado y siguen estando desprotegidas, pues los sucesivos ministros de fomento han dejado las cosas de la mar en manos solamente de marinos, gentes demasiado en los mercantes, y así nos ha ido. El político de turno se ha dedicado a lo que da beneficios de todo tipo: autopistas, trenes y aeropuertos. Ninguno de ellos entendió que la mayor parte de los peligros que iba a padecer España iban a llegar justamente por la mar: las drogas, la inmigración clandestina, los vertidos a la mar que luego destrozaban nuestra franja costera, y otras muchas actividades ilegales basadas en el tráfico de divisas, las joyas y las obras de arte; por no hablar del saqueo de nuestro legado histórico submarino, que se ha visto sometido a una expoliación sin precedentes, mientras nuestras variadas administraciones discutían entre ellas sobre quién tenía más culpa de lo ocurrido y trataban de esconderse.

No es cierto que los llamados cayucos africanos lleguen navegando desde costas tan lejanas de África; es absolutamente imposible; pueden alcanzar las costas Canarias uno o dos, y con poca gente, pero las imágenes que vemos no permiten duda: no es cierto que un bote de estas características, impulsado por un potente motor fueraborda, llegue hasta nuestro archipiélago. Y lo es, porque la gasolina que deben almacenar para navegar tantas millas desde Senegal o Mauritania ocuparía dos veces el espacio del cayuco en el que viajan los inmigrantes clandestinos: o transportan personas o llevan gasolina, pero las dos cosas a la vez es imposible. El consumo de uno de estos motores es de aproximadamente 25 litros a la hora. Luego, si navegan a quince nudos, que es todo lo más que pueden alcanzar con ese peso tan brutal y las condiciones de mar de la

zona, para navegar 200 millas –casi 400 kilómetros– necesitarían cerca de 300 litros de gasolina, imposibles de colocar, como dicen, bajo los pies de los inmigrantes. Tampoco es tan fácil llegar hasta Canarias sin un GPS o una carta y un sextante, instrumentos que no se han encontrado a bordo de estos botes.

Es más lógico pensar que los cayucos son transportados en barcos más grandes, que botan cuando ya se ve el Teide, para que les sirva de guía.

Desconozco cuál es la razón por la que nuestro Ejecutivo nos vende una mentira tan evidente. No sé, como creo que les pasará a ustedes, porqué se permite la llegada masiva de estas pobres gentes, que ya contabilizan más de 400 muertes, cuando nuestra Armada sí que tiene barcos para imponer un poco de orden y disciplina y el consiguiente ahorro de vidas humanas. Eso hicieron los EEUU en el canal de Cuba, Francia en Córcega, o Italia y Grecia. Tampoco comprendo que toda la ayuda recibida desde Europa hayan sido una patrullera italiana y otra francesa, que poco más podrán hacer en la basta extensión de la mar.

Nadie se toma en serio esta cuestión, como nunca España se tomó en serio las cosas de la mar, y así nos ha ido, y lo que es peor, así va a seguir, dada la catadura moral de nuestros gobernantes. Mientras tanto, la prensa, eso sí, seguirá llenando páginas con fotos terribles y textos incongruentes lejanos a la verdad a modo de premio a la consolación.